

ELOGI DE MICHELLE BACHELET JERIA

DRA. MARIA ROSA VIRÓS I GALTIER
Exrectora de la Universitat Pompeu Fabra



17 de maig del 2010
Auditori del campus de la Ciutadella
UNIVERSITAT POMPEU FABRA

Es para mí un gran honor hacer el preceptivo elogio que ha de anteceder a la investidura como doctora honoris causa por la Universitat Pompeu Fabra de la Excelentísima Señora Michelle Bachelet Jeria.

I

Nacida en Santiago de Chile el 29 de septiembre de 1951, Michelle Bachelet es una mujer de expresión clara y de palabras certeras que muestran y evocan su altruismo, su prudencia y su espíritu de justicia. Su vocación de servicio y su capacidad de entrega no son sino la respuesta natural de su amor sincero a todo ser humano y de su profundo deseo de sanación.

Quizás por ello no resulta extraño sino coherente que Michelle Bachelet estudiara Medicina en la Universidad de Chile e ingresara en las filas del Partido Socialista. La razón de esta opción política no cuesta entenderla.

La misma Michelle lo ha explicado elocuentemente: *“Yo tuve en mi hogar gente inteligente que cuestionaba el (entre comillas) ‘orden natural de las cosas’. Por el contrario, para ellos el orden natural de las cosas es que la gente tuviera una vida de calidad, con justicia, con solidaridad, con humanidad. Que no había ninguna razón para que hubiera pobres”*. Tras el golpe de estado del general Pinochet, el padre de Michelle, el brigadier general de la Fuerza Aérea y miembro del gobierno Allende de Unidad Popular, Alberto Bachelet, fue detenido y torturado y falleció en prisión. En 1975 fueron también detenidas Michelle y su madre, la arqueóloga Ángela Jeria, por la Dirección de Inteligencia Nacional (la tenebrosa DINA) y conducidas al centro de detención Villa Grimaldi, donde fueron interrogadas y torturadas. Expulsadas de Chile, su exilio transcurrió entre Australia y la República Democrática Alemana, en la cual prosiguió Michelle sus estudios de Medicina. En 1979 regresó al país y se sumó a diversos movimientos contrarios a Pinochet, mientras en 1982 se titulaba como médico cirujano pediatra en la especialidad de epidemiología.

A mediados de los años 90 la doctora Bachelet, dedicada principalmente al mundo técnico de la salud, comenzó a volcarse hacia la política de partido. Fue derrotada como candidata socialista a la alcaldía de un municipio de clase alta, auténtico bastión de la derecha. Pero pronto se interesó por los aspectos continentales de la Defensa y, tras una estancia de estudios en Washington, en 1996 trabajó como asesora del Ministerio de Defensa Nacional. En 1999 se incorporó a la campaña presidencial de Ricardo Lagos. Cuando éste asumió la presidencia de Chile, encargó a Bachelet el ministerio de Salud y la tarea de acabar en tres meses con las largas filas de espera de los saturados consultorios públicos. La frustración por no haber logrado en ese tiempo reducir las esperas más que en un 90 por ciento la llevó a dimitir, pero el presidente Lagos no aceptó su dimisión y le encargó algo más complejo: una reforma estructural del sistema público de salud que permitiera el acceso universal e igualitario. Durante su gestión, la doctora socialista sufrió la oposición de diversos grupos conservadores y de la Iglesia Católica, especialmente debido a la aprobación de la píldora anti-conceptiva y su distribución gratuita en los consultorios públicos a víctimas de abusos sexuales. Una sentencia de la Corte Suprema, a instancia de los grupos citados, prohibió en 2001 la distribución del fármaco.

El 7 de enero de 2002 el presidente Lagos modificó su gabinete y nuestra doctoranda trocó la bata blanca por la blanca bandera del Ministerio de Defensa Nacional. Era la primera mujer en toda Iberoamérica con mando en las Fuerzas Armadas, pero sin duda lo más relevante de su labor fue ver su empeño por sanar y cerrar heridas haciendo del Ejército un cuerpo de paz y no de guerra; que se reconciliara con él la sociedad civil; que recuperara su prestigio militar pese a la sangrienta dictadura ejercida en el inmediato pasado. Así mismo, sus relaciones con la “familia militar” le permitieron generar instancias de entendimiento entre las Fuerzas Armadas y sus víctimas, así como celebrar actos militares de reparación a las mismas. El “Nunca más” pronunciado por el comandante en jefe del Ejército de Chile, Juan Emilio Cheyre, fue considerado como un acto público de petición de perdón a la sociedad civil por parte de las Fuerzas Armadas. Así lo explicaba ella misma en una entrevista: *“Los valores que me enseñaron en mi familia me permitían entender mejor el mundo militar, tanto para reconocer aquello con lo que me identificaba como para cuestionar lo que no me parecía justificable: los errores y los horrores que sufrió nuestro país”*.

Si algún valor tiene en política la popularidad es sin duda cuando, como en el caso de Michelle Bachelet, ésta es debida a la absoluta confianza y credibilidad que la ciudadanía misma le otorga a su mandataria, convertida así en verdadera servidora del pueblo. La extraordinaria popularidad de la doctora Bachelet se fraguó precisamente siendo ministra de Defensa. Había sido torturada por orden de los mismos militares que ahora dependían de su cargo; estaba legitimada por un justo rencor y una venganza justa. Sin embargo, pudo más en ella la necesidad de reconciliar a los chilenos y lavar con suavidad el sucio desprestigio de muchos jefes militares que dejarse llevar por sus sentimientos personales. Fue un instrumento de paz desde su ministerio de Defensa porque defendió la paz sin amnesia, la justicia sin venganza y el imperio democrático de la ley sobre la primitiva ley del talión. En palabras de la presidenta Bachellet: *“La democracia es algo mucho más que la mera elección de los representantes. Lo importante y difícil es aprender a convivir con un espíritu de amistad cívica. Ese es el sentido de mi acercamiento a lo militar en plena transición democrática”*.

El mejor ejemplo de cuál es el papel del Ejército en un Estado democrático al servicio de las personas lo dio la ministra de Defensa de Chile en el

invierno de 2002. Tras fuertes lluvias, diversos pueblos del Gran Santiago sufrieron graves inundaciones. Michelle Bachellet salió al mando de los batallones desplegados para ayudar a los damnificados. Su imagen, a bordo de un carro de combate cruzando las calles cubiertas de agua y dando órdenes a sus subordinados, quedó indeleble en la retina ciudadana. Su popularidad siguió en ascenso hasta el punto que en un concierto de Joan Manuel Serrat la entrada de Michelle fue más vitoreada que la del propio cantante y de la del presidente Lagos. Según las encuestas, era la ministra más valorada del Gobierno.

II

El 11 de marzo de 2006 la doctora Bachellet se convertía en la primera presidenta de Chile en sus 196 años de independencia, y en la sexta mujer jefe de estado en la historia de Latinoamérica. Desde su primer Gobierno cumplió la promesa de que tanto el gabinete como las subsecretarías e intendencias se rigieran, en cuanto a su composición, por el principio de paridad de género, es decir: igual número de mujeres que de hombres. Se trataba de una convicción basada en el más puro sentido común. Michelle lo explica así: *“Creo que las mujeres, por nuestra experiencia desde que nacemos, estamos muy capacitadas para estar inmersas en la realidad. Porque nos toca hacernos cargo de muchas cosas, sobre todo sociales. Tenemos un aprendizaje social, desde muy chicas, que habitualmente nos hace prácticas, realistas y con los pies en la tierra”*.

La primera medida presidencial de importancia fue la gratuidad inmediata en el sistema de salud público para los mayores de 60 años. A ella siguió la entrega de bonos de invierno a las familias más pobres del país, una reforma del sistema de salud a costa de los dineros del cobre, la construcción de nuevos hospitales y la creación de los ministerios de Seguridad Ciudadana y del Medio Ambiente.

Sería largo y prolijo pasar revista a toda la obra de Michelle Bachelet durante sus cuatro años de presidencia. Pero sus avatares no cabe duda que fueron los propios de todo dirigente socialista que, pese a la prudente estrategia con que pretende aplicar reformas moderadas y de amplio consenso social, se encuentra enfrentado a una sociedad dominada por intere-

ses conservadores e insolidarios y por medios de comunicación venales. Con todo, ella misma resume lo alcanzado por Chile en esta última década: *“A América Latina se le dijo en los años 80 que su nivel de pobreza y subdesarrollo eran producto de no haber hecho las reformas económicas necesarias. Las hicieron pero la pobreza se mantuvo igual o se incrementó. Las políticas económicas no llevaron de la mano las políticas sociales para mejorar las condiciones de vida de sus habitantes. En Chile hemos logrado un crecimiento económico importante y sostenido. Y hemos reducido la pobreza. En 2006 bajamos el nivel de pobreza al 13,7% desde el 39% que teníamos cuando recuperamos la democracia. La extrema pobreza ha quedado en el 3% y veníamos del 20%. Obviamente no es suficiente. Pero somos prácticamente el primer país de Latinoamérica en todos los indicadores: mayor expectativa de vida, menos mortalidad materna e infantil (después de Cuba) y baja tasa de desnutrición”*.

Fijémonos en que la política gobernante que nos explica el resurgir chileno Michelle Bachelet pone el acento, como socialista y como médico, en la calidad de vida de su gente. Y naturalmente, habla como mujer. No pueden dissociarse las tres cosas. Dos de ellas también pertenecieron al doctor socialista Salvador Allende. Le faltó la tercera, pero su entrega humana y su valeroso sacrificio final, si bien le valieron que dijeran de él que “murió como un hombre”, ¿por qué no decir que murió también como una mujer?

Michelle Bachelet tuvo que hacer frente a múltiples problemas, a los que respondió siempre con dedicación, preocupación y sentido del deber. En cierta fecha, un temporal dejó miles de damnificados por el desmoronamiento de las casas. La presidenta declaró zona catastrófica la VIII Región de Biobío y viajó hasta la zona. En Chiguayante tuvo que soportar las críticas de algunos habitantes que la acusaron de visitarlos para subir en las encuestas. Michelle les respondió. *“Ya dije que lo que corresponde es que un presidente esté donde tiene que estar. Y voy a estar siempre, no calculando cosas de otro tipo. Voy a estar porque es necesario que los presidentes estemos donde están los problemas, donde la gente está sufriendo”*. Con estas palabras, la presidenta Bachelet no hacía otra cosa que ser coherente con ella misma. En cierta ocasión declaró: *“Los ciudadanos no sienten que los políticos se ocupen de las cosas que les pasan en su vida. Hay falta de credibilidad en los políticos porque lo que la gente busca y necesita son personas que de verdad trabajen para ella”*.

Poco antes de concluir su mandato de cuatro años, un sondeo realizado por Adimark dio a conocer que un 81% aprobaba a la presidenta. Sólo un 13% rechazaba sus políticas, y su gobierno era aprobado por el 65% de los encuestados. Finalmente, el 9 de marzo de 2010, antes de dejar su cargo de presidenta de la República, una última encuesta regaló a Michelle Bachelet un 84% de aprobación y respaldo ciudadano. Es la cifra más alta registrada por un jefe de estado chileno en el momento de concluir su mandato.

Pero más allá de la valoración política contenida en las encuestas, la opinión popular apunta al corazón de una mujer cuyo primer sentido del deber reside en el amor universal. Con la máxima humildad, Michelle Bachelet lo comenta de este modo: *“La gente me dice: ‘No cambie. Por favor, no cambie. Usted es cercana. Nos ve. Existimos’. Yo saludo, converso, abrazo, beso. Y la gente lo aprecia profundamente. Pero tengo la sensación de que mi estilo fue menos comprendido en el mundo de la política convencional”*.

III

Después de todo lo dicho, ¿habrá que justificar con mayores méritos que la Excelentísima Señora Verónica Michelle Bachelet sea investida doctora honoris causa por esta universidad? En realidad es un honor que ella le hace a la institución universitaria porque constituye un ejemplo vivo, práctico y real de la Política con mayúscula, de la Política ejercida a partir de unos valores clásicos que tienen su centro en la ética y en el humanismo. Desde la definición aristotélica de lo político, de la polis, sabemos que ésta *“no es una mera comunidad territorial establecida para evitar los daños recíprocos y favorecer los intercambios. No hay ciudad si no hay comunidad de bienes para alcanzar una vida perfecta y suficiente, es decir, buena y feliz. La comunidad política tiene como fin no sólo la convivencia, sino las buenas acciones”*.

La Excelentísima Señora Bachelet, que en este acto pasa a ser doctora por la Universidad catalana Pompeu Fabra, nos ha dado con su vida una lección que la ciencia política a menudo suele olvidar: lo que ya el mismo Aristóteles llamó “buenas acciones” y a lo que sin duda se refería Mounier cuando nos decía que la política es la forma más alta de amar a la humani-

dad. Y en fin, ¿no creía también Miguel de Unamuno que “por amor a los demás es por lo que hay que ocuparse de la política”?

Michele Bachellet, con toda sencillez y humildad, ha dado testimonio de que su vocación política arranca de su sentido del deber, que es el que ha dado sentido a su vida. Y ese deber ha sido en todo momento sanar, ser medicina para su gente y, como los antiguos médicos de familia, conocerlos y reconocerlos de cerca para sincera y eficazmente, amarlos.

